

Programa de Formación Permanente

2017 Revitalización y santidad

9. Santidad en vaqueros ¿Jóvenes interpelados?





SANTIDAD EN VAQUEROS. ¿JÓVENES INTERPELADOS?

VOCACIÓN UNIVERSAL A LA SANTIDAD

El *Año de la santidad* que vive nuestra Orden nos permite hacer un espacio para la reflexión sobre el llamado a la santidad, cuyo destinatario es el pueblo de Dios, en el que se inserta una porción especial: la de los jóvenes.

La eclesiología conciliar del Vaticano II recuperó, sin duda, la noción bíblica de santidad y le concedió un lugar clave en su incoada teología vocacional. La renovación de los carismas en la Iglesia, propulsada por el concilio, no fue óbice para señalar un horizonte común: la vocación universal a la santidad¹.

Recordemos que tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento hacen un claro llamado a los creyentes a ser santos como su Dios es santo. El Dios de la Alianza

¹ Como dice el teólogo jesuita Gabino Uríbarri, la eclesiología del Concilio Vaticano II no es hostil a las vocaciones, más bien “la concepción propia de la LG implica la existencia de una diversidad y una riqueza enorme de vocaciones dentro de la Iglesia. Por ello, la consecuencia espontánea y elemental de una recepción vivencial de esta eclesiología por parte de las comunidades cristianas, particularmente de los jóvenes, habría de consistir en *tomarse completamente en serio y hasta las últimas consecuencias el discernimiento del propio carisma*, dentro de una valoración positiva de *todos* los distintos carismas y ministerios que se dan en el seno de la Iglesia” (G. Uríbarri, “*Reavivar el don de Dios*” (2Tim 1,6). *Una propuesta de promoción vocacional*, Sal Terrae, Santander 1997, 83).

es santo y se muestra santo para convencer al hombre de su poder y su grandeza (cf. Éx 19,3-20), pero también para demostrarle su amor en el perdón, máxima expresión de la santidad divina: “No desencadenaré todo el furor de mi ira... porque yo soy Dios y no un hombre: en medio de ti está el Santo” (Os 11,9)². Además, el nombre de Dios es santo (cf. Sal 33,21; Am 2,7) y por eso Dios no puede menos que desear ser santificado por el hombre, especialmente por su pueblo, Israel. De este modo se entiende que el pueblo elegido sea para Dios ‘pueblo santo’, porque le pertenece, aun cuando torpemente rompa la alianza con sus pecados. Israel deberá escuchar y procurar hacer realidad el imperativo de la palabra: “Sean santos, pues yo, Yahvé, soy santo” (Lev 19,2; 20,26)³.

El Nuevo Testamento también exhorta a la vida en santidad. Pero su originalidad consiste en mostrar que solo se puede ser santo si se vive en el amor como Jesús, el Mesías Salvador. De este modo, los cuatro evangelios se convierten para todo lector en verdadera escuela de santidad: leerlos es dejarse enseñar por la santidad transparente de Jesús, ya que, en sus palabras, actitudes y obras, brilla el ejemplo más grande de santidad. Él es el Santo (cf. Mc 1,24; 3,11; Hch 3,14ss.), como su Padre es santo (cf. Jn 17,11). Además, Jesús se santificó por sus discípulos: “Yo me santifico, para que ellos sean santificados” (cf. Jn 17,19). Los creyentes también “han sido santificados en Cristo Jesús y llamados a ser santos” (1Cor 1,2). En otro lugar se dice, de modo semejante: “Así como aquel que los llamó es santo, también ustedes sean santos en toda su conducta” (1Pe 1,15).

Sin embargo, cuando hablamos de la santidad a la que hace referencia la Palabra de Dios, no es posible que pensemos en otra que aquella que se alcanza por medio del amor. La santidad no es un premio ni un reconocimiento para gente perfecta o sin defectos, más bien es vida sellada por la impronta del amor y la misericordia. Pensar la santidad como reconocimiento de perfección, además de ser un engaño, ha sido la causa de mucha tristeza para muchos creyentes que, en

² Aquí conviene recordar la observación del cardenal Walter Kasper: “En el Antiguo Testamento, la misericordia de Dios se halla inseparablemente unida a otros modos de revelación divina y no puede ser desgajada de este contexto ni considerada de forma autónoma (...). La autorrevelación de Dios en el profeta Oseas muestra que la misericordia divina está indisolublemente vinculada a la santidad de Dios, a la que da expresión. Importante es ante todo la unidad de la misericordia y la santidad divinas” (W. Kasper, *La misericordia. Clave del Evangelio y de la vida cristiana*, Sal Terrae, Santander 2012, 57).

³ La santidad del hombre es relación con el Dios Santo. El reverso de la misma es el pecado, que no es más que ruptura de dicha relación. En el Antiguo Testamento, “los conceptos utilizados para referirse al pecado pertenecen al ámbito de la relación. El pecado es concebido como la ruptura de la relación y, en muchas ocasiones, de una relación de alianza entre Dios y su pueblo (...). El pecado rompe la relación mutua de posesión que se da entre el Dios y el pueblo de la alianza” (E. Sanz Giménez Rico, *Ya en el principio. Fundamentos veterotestamentarios de la moral cristiana*, San Pablo, Madrid 2008, 138).

algunos casos, los ha llevado a vivir una vida mediocre e infeliz, pensando que el llamado a la santidad no es para ellos.

Hay un texto de la *Carta a los efesios* que nos puede ayudar a entender mejor la santidad en clave de amor-caridad. Dios Padre “nos ha elegido en él [Cristo], antes de la creación del mundo, para que fuéramos santos e irreprochables en su presencia, por el amor” (Ef 1,4). Hemos sido llamados a la santidad que se alcanza por la vivencia del amor auténtico, el amor que descubrimos en Jesús, el amor que nos ofreció él, el amor del que depende nuestra relación con él y con el prójimo, incluso cuando se trata de los enemigos (cf. Mt 5,38-48). Dejamos de ser santos cuando dejamos de amar, sobre todo cuando perdemos la capacidad de amar al que sufre, al que verdaderamente lo necesita. Por tanto, para responder al llamado de Dios a la santidad, no hay más secreto que amar o, en palabras de san Agustín: “¡Ama y haz lo que quieras!”⁴.

Como decíamos más arriba, este tesoro bíblico concerniente a la santidad del pueblo de Dios lo supo recuperar el Concilio Vaticano II recordando la universalidad de la convocatoria de Dios. Desde una perspectiva trinitaria, la *Lumen Gentium* expresa el contenido nuclear de su teología vocacional fundamental en el número 39:

La Iglesia, cuyo misterio está exponiendo el sagrado Concilio, creemos que es indefectiblemente santa. Pues Cristo, el Hijo de Dios, quien con el Padre y el Espíritu Santo es proclamado ‘el único Santo’, amó a la Iglesia como a su esposa, entregándose a sí mismo por ella para santificarla (cf. Ef 5,25-26), la unió a sí como su propio cuerpo y la enriqueció con el don del Espíritu Santo para gloria de Dios. Por ello, en la Iglesia, todos, lo mismo quienes pertenecen a la jerarquía que los apacentados por ella, están llamados a la santidad, según aquello del apóstol: ‘Porque esta es la voluntad de Dios, vuestra santificación’ (1Ts 4,3; cf. Ef 1,4).

Ahora bien, en relación al tema que abordamos, nos podemos preguntar hasta qué punto este aspecto de la teología vocacional conciliar ha sido efectivamente recibido por los jóvenes. O, en otros términos, podemos preguntarnos si los jóvenes han sido permeables tanto al contenido como al lenguaje con el que el concilio procuró llamar a todos a la santidad. Más aún, ¿los desarrollos teológicos y pastorales del posconcilio lograron interpelar a los jóvenes de modo que

⁴ *Io. ev. tr.* 7,8. También me parece sugerente la siguiente afirmación: “Si somos hijos en el Hijo de Dios Padre, significa que nuestra vocación a la santidad nos invita y nos empeña a amar como Dios; más aún, dentro del amor mismo de Dios. Este es el sentido del mandamiento evangélico de Jesucristo, que reasumía una prescripción dada por Yahvé en el AT: ‘Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto’. La vocación a la santidad, instaurada en nosotros en referencia a Jesucristo por Dios Padre mediante el Espíritu Santo, se traduce en el deber primario de asimilarlos a Dios Padre que ama (cf. LG 40). En efecto, Dios Padre es puro amor, y se es santo si se vive dentro de este su santo amor” (T. Goffi y A. Gentili, “Vocación a la santidad”: E. Borile, L. Cabbia y V. Magno (dirs.), *Diccionario de Pastoral Vocacional*, Sígueme, Salamanca 2002, 1150-1155 (aquí, 1152).

verdaderamente deseen y procuren ser santos? Por otra parte, ¿de qué santidad se trata cuando se les invita a ser santos como Dios es santo?

Las siguientes reflexiones procuran hacernos pensar hasta qué punto hemos sido capaces, los ya no tan jóvenes, de secundar una obra de la gracia como es la convocación de Dios a la santidad respecto de esa porción del pueblo de Dios que es la juventud. Quizá esto no sea más que responder, de alguna manera, al diagnóstico y al pedido del papa Francisco en el documento que hoy constituye el programa de acción de toda la Iglesia: la *Evangelii gaudium*. Allí se dice, en referencia a la pastoral juvenil, que

Los jóvenes, en las estructuras habituales, no suelen encontrar respuestas a sus inquietudes, necesidades, problemáticas y heridas. A los adultos nos cuesta escucharlos con paciencia, comprender sus inquietudes o sus reclamos, y aprender a hablarles en el lenguaje que ellos comprenden. Por esa misma razón, las propuestas educativas no producen los frutos esperados. La proliferación y crecimiento de asociaciones y movimientos predominantemente juveniles pueden interpretarse como una acción del Espíritu que abre caminos nuevos acordes a sus expectativas y búsquedas de espiritualidad profunda y de un sentido de pertenencia más concreto (...). Aunque no siempre es fácil abordar a los jóvenes, se creció en dos aspectos: la conciencia de que toda la comunidad los evangeliza y educa, y la urgencia de que ellos tengan un protagonismo mayor (EG 105-106).

Por otra parte, en esta línea de procurarles un protagonismo mayor, durante el año 2018 se celebrará el Sínodo de los Obispos convocado por el santo padre, cuyo tema es *La fe, los jóvenes y el discernimiento vocacional*, otro motivo para hacer espacio en la reflexión teológico-pastoral a los jóvenes y a una cuestión tan importante como es la llamada a la santidad. Sin duda, toda ayuda a la porción joven del pueblo de Dios será un servicio hecho a toda la comunidad eclesial.

LA PASTORAL JUVENIL Y VOCACIONAL, ¿ACCIÓN PASTORAL PARA LA SANTIDAD? ¿QUÉ SANTIDAD?

Las juventudes, sin duda, son difíciles de analizar, tanto desde el punto de vista sociológico como desde el punto de vista religioso. Si por un momento tomamos entre las manos el *Documento preparatorio* para el próximo Sínodo de los Obispos, podemos hacer algunas anotaciones valiosas al respecto. En primer lugar, y antes de hablar sobre los jóvenes, cabe destacar que hay una pluralidad de mundos juveniles y no uno solo. Por eso, es ya sabido que algunos sociólogos prefieren hablar de jóvenes y juventudes y no de juventud, expresión que tiende a la uniformidad. De alguna manera, con ello se evitan simplificaciones o generalizaciones malsanas. Aunque en este artículo utilicemos indistintamente los términos jóvenes, juventud, juventudes, siempre tendremos presente que se trata de expresiones que engloban colectivos plurales sumamente diversificados.

En segundo lugar, si bien se puede considerar, y así lo haremos en este artículo, a los jóvenes como aquellas personas comprendidas en la franja de edad

que va desde los 16 a los 29 años, sabemos muy bien que, más que una categoría de personas, los jóvenes son quienes atraviesan una fase de la vida que cada generación reinterpreta de modo único e irreplicable. Por tanto, la edad biológica no es el único criterio para situarnos ante un tema tan complejo como el de la juventud actual⁵.

Dicho esto, cabe la pregunta: la pastoral juvenil y vocacional, ¿es acción pastoral para la santidad? Si se responde afirmativamente, ¿de qué santidad hablamos? No se trata de una pregunta menor porque, si bien muchos jóvenes hoy hacen vida activa en la Iglesia, hay grandes masas que no sienten ni la más mínima atracción por la misma. La desafección de los jóvenes respecto de las instituciones religiosas de diverso signo es notoria. La inmensa mayoría prefiere autoproclamarse atea, agnóstica o simplemente indiferente. En algunos casos, llegan a convertirse en feroces detractores de la institución eclesial. Podemos pensar que este es, por decirlo de alguna manera, el resultado del tipo de propuesta eclesial que se le hace a las juventudes. ¿Qué cristianismo se les presenta? ¿De qué santidad se les habla? ¿De la santidad sinónimo de perfección? ¿De la santidad ritual? ¿De la santidad de Jesús?

Si bien el cristianismo no puede concebirse como una religión a la carta, sí está llamado a ser significativo y relevante en la vida de los seres humanos. En definitiva, Cristo es la exaltación perenne de la humanidad. Por tanto, el cristianismo no puede menos que ser expresión, al menos por principio, de esta originalidad. Las propuestas a los jóvenes tienen que buscar llevarles al encuentro de lo mejor que Cristo ha manifestado del hombre al hombre. La noción de santidad, en este caso, no puede ser menos que otra forma de acercarse al acontecimiento-Cristo y de acercar el acontecimiento-Cristo a los jóvenes. Por eso cabe la pregunta, ¿de qué santidad hablamos? O de otra manera: ¿santos para qué?, ¿santos como quién?

Sin duda alguna, para el cristiano el referente no puede menos que ser Jesús, el Santo de Dios (cf. Mc 1,24). Algo adelantábamos más arriba al hablar de la santidad en el Nuevo Testamento. Aquí solo quisiéramos notar que existen, y de hecho se proponen, otras formas de entender la santidad que nada tienen que ver con la santidad diáfana de Jesús, transida de amor y misericordia. Solo cito dos ejemplos que el mismo Jesús rechazó con sus palabras y actitudes: la santidad entendida como perfección moral y la santidad traducida en términos meramente rituales. Esta última comprensión de la santidad fue claramente desechada por Jesús, que marcó distancia entre su mensaje y actitudes y las de los fariseos que

⁵ Sínodo de los Obispos, *Documento preparatorio. La fe, los jóvenes y el discernimiento vocacional*, cap. I, en: http://www.vatican.va/roman_curia/synod/documents/rc_synod_doc_2017_0113_documento-preparatorio-xv_sp.html (consulta 7 de febrero de 2017).

difícilmente podían superar las normas de comportamiento que les imponía su imaginario de pureza ritual⁶.

Para Jesús la santidad está unida al amor, a la verdad y a la justicia. Estos valores generalmente son difíciles de vivir y practicar en un esquema que se contenta con dividir la realidad en sagrada o profana, típico de cosmovisiones ritualistas. La santidad de Jesús es profética y sapiencial. Él es la fuerza y la sabiduría de Dios (cf. 1Cor 1, 24), el Hijo único que habla de lo que ha visto del Padre (cf. Jn 1,18), su sabiduría es fruto del amor compartido con su Padre, es donación del Espíritu. Su santa profecía es el celo o la pasión por recuperar la humanidad degradada de tantos hombres y mujeres desorientados o víctimas del poder. Su santidad profética y sapiencial es la mayor expresión de su vida bienaventurada (cf. Mt 5,1-12).

Por otro lado, nos encontramos con la santidad entendida como perfección de la conducta o, en otros términos, la pretensión de ser irreprochables. Lamentablemente esta utopía de nuestro corazón mal enseñado aún nos hace sufrir, porque nunca acontece en la realidad dicha perfección. Los jóvenes tampoco alcanzan a vivir irreprochablemente ni terminan de convertirse en patrones de moralidad para otros jóvenes. No, al menos, como la moral más estricta desearía. Más bien los evangelios nos orientan en otra dirección: la que lleva a saber leer la armonía que existe entre la perfección del Padre y su misericordia (cf. Mt 5,48; Lc 6,36).

Misteriosamente la vida de Cristo es una exégesis de estos textos: su vida es una parábola de la misericordia y de la perfección del Padre. De este modo pudiéramos comprender mejor que Jesús es la impronta de su ser (cf. Heb 1,3). En definitiva, como decía en su momento el cardenal Bergoglio, ahora papa Francisco, “la santidad no es una colección de virtudes: esta concepción entomológica de la santidad nos hace mucho daño y ahoga nuestro corazón y –a la larga– nos plasma en fariseos. La santidad es ‘caminar en presencia de Dios y ser perfecto’, la santidad es vivir encontrándose con Jesucristo”⁷.

Los jóvenes se caracterizan generalmente por ideales y sueños grandes, pero no se les puede engañar haciéndoles creer que alcanzarán una perfección que nunca será tal. Tarde o temprano descubrirán que no es así y se sentirán profundamente defraudados. Con ellos no se juega: ni se les dirige, ni se les engaña; más bien se

⁶ Decía J. Ratzinger en su clásica *Introducción al cristianismo* respecto de Jesús que “su santidad se mostraba en el contacto con los pecadores que se acercaban a él, hasta el punto de que él mismo se convirtió en ‘pecado’, en maldición de la ley en la cruz, en plena comunión con el destino común de los perdidos (cf. 2Cor 5,21; Gál 3,13). Él atrajo los pecadores a sí, los hizo partícipes de sus bienes y reveló así lo que era la ‘santidad’. Nada de separación, sino purificación, nada de condenación, sino amor redentor” (J. Ratzinger, *Introducción al cristianismo*, Sígueme, Salamanca 1987, 303).

⁷ J. Bergoglio, *Mente abierta, corazón creyente*, Claretiana, Buenos Aires 2013, 15.

les acompaña. Se les hacen propuestas a la manera de testigos, no como maestros ni adoctrinadores⁸. La *Lumen Gentium*, en su número 40, citando a san Pablo, aclara que la santidad es fruto de la gracia, es don y, a la vez, llamada a la perfección de la caridad. Ninguna otra perfección más que la del amor y la misericordia:

Los seguidores de Cristo, llamados por Dios no en razón de sus obras, sino en virtud del designio y gracia divinos y justificados en el Señor Jesús, han sido hechos por el bautismo, sacramento de la fe, verdaderos hijos de Dios y partícipes de la divina naturaleza, y, por lo mismo, realmente santos. En consecuencia, es necesario que, con la ayuda de Dios, conserven y perfeccionen en su vida la santificación que recibieron. El apóstol les amonesta a vivir ‘como conviene a los santos’ (Ef 5,3) y que, como ‘elegidos de Dios, santos y amados, se revistan de entrañas de misericordia, benignidad, humildad, modestia, paciencia’ (Col 3,12) y produzcan los frutos del Espíritu para la santificación (cf. Gál 5,22; Rm 6,22).

En definitiva, la santidad no es llamada a constituir una elite espiritual en medio de una gran masa de cristianos, sino más bien “la santidad, en última instancia, consiste en tener las entrañas de misericordia de nuestro Dios, en cultivar y desarrollar la paciencia y el amor divino que el Espíritu derrama en el corazón de los llamados a ser santos en Cristo (cf. Rom 5,5)”⁹. Desde esta clave es comprensible la apuesta por una pastoral bajo el signo de la santidad, rechazando los dos extremos entre los que ha oscilado la pastoral juvenil y vocacional: la resignada mediocridad y el radicalismo ideológico¹⁰.

La convocación a la santidad, desde el punto de vista eclesiológico, es el deseo de Dios, revelado, de constituir un pueblo que lo busque como el Santo, el único que nos puede participar de su vida inmerecidamente. Si recordamos por un momento la maravillosa obra de Yves Congar *Verdadera y falsa reforma en la Iglesia*, allí el autor, en un verdadero regreso a las fuentes (*redire ad fontes*), mostraba cómo en la Escritura y en la Tradición la santidad es, ante todo, don de Dios –el único infalible– y respuesta de su pueblo, lleno de flaquezas¹¹. La

⁸ Pablo VI, al hablar de la tarea evangelizadora de la Iglesia, decía que el mundo necesita más de testigos que de maestros, ya que en el mundo contemporáneo hay sed de autenticidad. De ahí la necesidad de un testimonio veraz: “El mundo, que a pesar de los innumerables signos de rechazo de Dios lo busca sin embargo por caminos insospechados y siente dolorosamente su necesidad, el mundo exige a los evangelizadores que le hablen de un Dios a quien ellos mismos conocen y tratan familiarmente, como si estuvieran viendo al Invisible. El mundo exige y espera de nosotros sencillez de vida, espíritu de oración, caridad para con todos, especialmente para los pequeños y los pobres, obediencia y humildad, desapego de sí mismos y renuncia. Sin esta marca de santidad, nuestra palabra difícilmente abrirá brecha en el corazón de los hombres de este tiempo. Corre el riesgo de hacerse vana e infecunda” (EN 76).

⁹ A. Bravo, *Seguir a Cristo. De la vocación a las vocaciones*, Sígueme, Salamanca 2009, 67.

¹⁰ Cf. A. Bravo, *Seguir a Cristo...* 144.

¹¹ Cf. Y. Congar, *Verdadera y falsa reforma en la Iglesia*, Sígueme, Salamanca 2014. Especialmente las páginas 67-121, apartado que se titula: “La Iglesia: su santidad y nuestras flaquezas”.

santidad, entonces, no puede ser otra cosa que la comunión de vida con él – pertenencia– en el amor y la misericordia gratuitos¹².

En lo que concierne a la pastoral juvenil y vocacional, creemos que debe revisar permanentemente su lenguaje y su capacidad comunicativa si quiere servir como espacio para que los jóvenes escuchen este llamado a ser santos como Jesús. Los itinerarios pedagógicos trazados procurarán que los jóvenes siempre vuelvan sus ojos a él, el Santo de Dios.

ALGUNAS IMÁGENES PROVOCATIVAS PARA EL JOVEN DE HOY

Insatisfacción del presente

El joven, en términos generales y aun a riesgo de simplificar demasiado las cosas, es un insatisfecho. Al menos su presente le provoca insatisfacción y lo lanza en la búsqueda de algo más que, a veces, ni siquiera tiene claro qué es. Los jóvenes, aquellos que atraviesan esa difícil etapa de la vida en la que se convierten en cuestión clave la propia identidad y la relación con el mundo circundante, se muestran expectantes e incómodos al mismo tiempo con una realidad que no termina de ajustarse a sus ideales, ya sean individuales o colectivos.

Basta echar una mirada a los acontecimientos sociales y políticos así como a lo que día a día está circulando en el submundo juvenil cibernético para ver que la juventud no es una fase en la que se logra estar satisfecho, sino todo lo contrario: es el tiempo del reclamo interior, a veces exterior, que catapulta al joven a la búsqueda de un algo más difícil de definir, pero presente en la conciencia como objeto de deseo. Para algunos será un título universitario que otorgue reconocimiento o prestigio en un mundo competitivamente salvaje; para otros, simplemente ingresar al mercado laboral para ayudar a la propia familia amenazada por políticas empobrecedoras; para otros, la lucha por la justicia social, a fin de aliviar el sufrimiento humano, provocado muchas veces por hombres y mujeres ambiciosos que no saben situarse en el poder para servir; para otros, simplemente “pasarla bien”; para otros, el reconocer que ese algo más no es más que la voluntad de Dios, siempre difícil de traducir en palabras o hechos, pero a la vez atractiva y fascinante, que orienta la vida a la entrega total por el Reino. En fin, la tendencia hacia ese algo más puede revestirse de variadas formas y, sin embargo, reflejar la misma insatisfacción que el joven siente respecto de su presente.

¹² En esta tierra se da siempre un participar gradual en la comunión de vida con Dios. Para esto debemos recordar que no se deja de ser *homo viator* hasta llegar a participar plenamente de la comunión de los santos del cielo, que ya son bienaventurados por vivir inmersos en la comunión trinitaria.

Esta imagen del joven insatisfecho no siempre la hemos sabido explorar y aprovechar en la Iglesia para acompañar a las juventudes. En esta etapa el acompañamiento es el mejor servicio de la Iglesia, porque ella es portadora de una experiencia de siglos que el joven no tiene y, en diferentes situaciones, necesita. En este sentido no pierde vigencia lo que decía Romano Guardini en su pequeña obra sobre las edades de la vida: los dos elementos nucleares de la fase juvenil de la vida son, por un lado, un elemento positivo: la fuerza de ascensión de la personalidad que se acentúa, así como la vitalidad que se abre paso; por otro lado, uno negativo: la falta de experiencia de la realidad¹³. Estos dos elementos, sobre todo este último, interpelan al acompañamiento eclesial, ya que los jóvenes aprecian la experiencia de los adultos cuando estos se saben ubicar en el nada fácil lugar de compañeros del camino. Los agentes pastorales a cargo de jóvenes deberían preguntarse cómo están acompañando a los jóvenes insatisfechos y desde qué lugar¹⁴.

En cada país, en cada localidad, hay que explorar la insatisfacción de los jóvenes y descubrir con ellos la mejor forma de asumirla, aceptándola y viviéndola positivamente. ¿Por qué no proponerles a nuestros jóvenes la imagen de un Jesús insatisfecho? ¿O acaso Jesús de Nazaret es modelo de acomodamiento a la realidad, de aceptación del *status quo* o de aceptación resignada de la realidad? ¿Cuántos santos, jóvenes algunos de ellos, no han sido los insatisfechos de un presente incierto, pero constructores de un futuro más transparente y diáfano para otros?

Hay que reconocer que una de las imágenes más aprovechadas de la espiritualidad agustiniana en la pastoral juvenil y vocacional es la de la inquietud del corazón. Seguramente seguirá vigente y, más aún, deberíamos desarrollarla más en relación a nuestros jóvenes insatisfechos, especialmente asociando el corazón inquieto y expectante del joven, inacabado hasta el encuentro pleno con Dios, con sus penas, sus luchas, sus frustraciones, sus caídas, haciendo del acompañamiento una forma de aproximación básica y clave para ellos.

Nos parece sumamente importante que, como Iglesia, no nos desentendamos de las grandes insatisfacciones de nuestros jóvenes. La globalización hoy no nos permite hacernos los distraídos: sabemos muy bien, a cada minuto, qué acontece

¹³ Cf. R. Guardini, *Las edades de la vida*, Lumen, Buenos Aires 2005, 64.

¹⁴ Pensemos en las posibilidades que se abren a nuestro camino cuando los jóvenes sienten en su mundo emocional una fuerte insatisfacción que debe ser acompañada y discernida: “A veces la busca de Dios o de la comunidad cristiana está motivada por una insatisfacción radical del presente. Se configura como una necesidad absoluta de relaciones más gratificantes, como un impulso poderoso hacia el inevitable atractivo imaginario de la caridad. La gratificación habrá de ser considerada críticamente con el fin de mantener de ella lo que resulta necesario para la vida, emprendiendo al mismo tiempo una experiencia sólida y realista” (S. Pagani, *Acompañar espiritualmente a los jóvenes. Hacia una regla de vida*, San Pablo, Madrid 1998, 102).

en los mundos juveniles. Las comunidades cristianas no pueden mantenerse al margen.

El desarrollo de dinámicas profundamente negativas para el mundo afecta – como no puede ser de otra manera– a las juventudes. Pensemos en la cultura del descarte (cf. EG 53), tantas veces denunciada por el papa Francisco, así como el paradigma tecnocrático dominante que tiende a ejercer su dominio sobre la economía y la política y, de este modo, sobre la vida de las personas (cf. LS 107-109). Ante todo esto, los jóvenes reclaman un cambio (cf. LS 13), por la misma insatisfacción que llevan dentro. Será importantísimo que la Iglesia no deje de escucharlos, como pedía el papa latinoamericano, ya que:

Los jóvenes nos llaman a despertar y acrecentar la esperanza, porque llevan en sí las nuevas tendencias de la humanidad y nos abren al futuro, de manera que no nos quedemos anclados en la nostalgia de estructuras y costumbres que ya no son cauces de vida en el mundo actual (EG 108).

Invencibles en él

En algunos casos más, en otros menos, el deseo de vencer las dificultades de la vida está dentro de nosotros. Casi como parte de nuestro instinto de supervivencia, el querer salir airoso de problemas o pruebas que se nos presentan en la vida es algo que nos caracteriza. Si uno se detiene a pensar en la evolución del género humano, aun admitiendo la potencialidad destructiva que existe en él, podremos notar que los grandes progresos del mismo son fruto de la convicción de poder superar lo que a primera vista parece insuperable. Especialmente durante la etapa de la juventud, existen fuertes idealizaciones y una dificultad grande de reconocer las limitaciones personales, incluso entre los jóvenes posmodernos tan resistentes a los mega-relatos y las utopías. De otra manera, podemos decir que las juventudes no se resignan a proponerse metas por muy difíciles que sean y a luchar por ellas creyendo que pueden vencer y triunfar. Los jóvenes, en algún momento, se sienten invencibles y quizá ese momento es el propicio para acompañarlos y descubrir qué espera realmente Dios de ellos.

San Agustín señala que el creyente puede ser ‘invencible’ o salir ‘invicto’ de muchas pruebas. Ahora bien, el obispo de Hipona dice que la fuerza que hace al creyente invencible es el amor. Invencible es aquel que ama a Dios con todo el corazón y al prójimo como a sí mismo; a este no le pueden arrebatarse el objeto de su amor (cf. *v. rel.* 46,86). Invicto es el que “se rige por la norma del amor” (*v. rel.* 46,87).

El ser humano ha sido creado con amor, por amor y para amar. La existencia humana solo se explica desde el amor. De alguna manera, es una estructura antropológica básica. Volviendo a san Agustín, quien ama de verdad a Dios y a su prójimo, de algún modo ya alcanza el objeto de su amor y nadie se lo puede arrebatarse. Además, se prepara y se fortalece para futuros desafíos. La santidad

tiene mucho de esto. No hay santidad sin esfuerzo, sin avivar el deseo de ser invencibles por la gracia de Dios. La santidad, ya lo hemos dicho, no es un premio ni es un título que se otorga a personas irreprochables. La santidad, parafraseando al obispo de Hipona, es vencer las pruebas de cada día por la fuerza del amor que recibimos de Dios.

Si todo ser humano –como dice Agustín en sus *Confesiones*– lleva dentro un corazón inquieto que solo descansará en Dios después de su paso por esta tierra, el creyente es aquel que conscientemente sabe que solo unido al mismo Dios, venciendo las pruebas de cada día, llegará a él. Agustín nos diría que el hombre invencible está seguro de su descanso futuro, de su esperanza, porque no se ha apegado a los bienes pasajeros y efímeros y el amor de Dios le ha hecho reconocer su último destino (cf. *v. rel.* 47,92).

Esta es la única forma de ser invencibles de verdad, lo demás es puro cuento... El éxito mundano; la aparente imperturbabilidad de los ricos que no son más que personas profundamente inseguras; la superioridad de muchos agnósticos que desprecian la supuesta debilidad de los hombres y mujeres de fe; la supuesta altura moral de algunos que no saben cómo lidiar con sus miserias íntimas; todo esto, no son más que ejemplos de personalidades que se sienten invencibles, pero que en realidad no lo son. Generalmente la vida les queda grande ante una dura prueba o ante la posibilidad de la muerte que amenaza a todo ser humano.

El creyente, en cambio, sabe que solo se puede ser invencible con y por el amor de Dios, por su acción misteriosa en la vida. Los santos lo entendieron así, nunca se atribuían sus victorias sobre el pecado, sino a la obra de la gracia. Fueron invencibles en él.

A los jóvenes se les puede acompañar en los momentos en que se sienten invencibles y capaces de todo, aunque los adultos podamos ver que pueden estar algo equivocados por confiar tanto en sus fuerzas o por idealizar tanto algunas realidades. Estos deseos y convicciones juveniles no hay que moralizarlos juzgándolos tan rápido como buenos o malos; más bien, los acompañantes deben secundar respetuosamente la obra de la gracia de Dios, de un Dios que camina con ellos y que se relaciona personalmente con cada joven. Los acompañantes no son terceros que se inmiscuyen en esta relación y estropean su desarrollo; por el contrario, deben ser los compañeros de camino que, a través de la escucha activa, la acogida incondicional, el consejo respetuoso (no directivo) y la dosis justa de cariño, disciernen los movimientos del corazón y la mutación de las ideas y deseos del joven en su relación con Dios y con la vida, aun en esos momentos en que no llegan a reconocer con mucha claridad el papel que juega la gracia de Cristo en sus vidas.

Santidad en equipo

El papa Francisco, en su exhortación *Evangelii Gaudium*, aborda un tema sumamente importante si se pretende desarrollar al máximo las potencialidades evangelizadoras de las comunidades cristianas. Nos referimos a la crisis del compromiso comunitario, tema abordado en el capítulo segundo. No necesariamente está dirigido a los jóvenes, pero sirve de marco para proseguir con nuestra reflexión y proponer otra imagen, en este caso inspirada en su magisterio papal.

Para evitar comprensiones individualistas de la santidad y de la salvación, algo no del todo erradicado en muchas de las espiritualidades católicas del siglo XXI, conviene hablarles a los jóvenes de la santidad en equipo. Esto es: de otro modo de actualizar el lineamiento claro de la eclesiología del concilio, que entiende la salvación y la santidad en términos comunitarios (cf. LG 9).

El papa Francisco, procedente de un país en donde el fútbol es pasión de multitudes y es, sin duda, una referencia cultural a la hora de hablar del trabajo en equipo, suele tomar la práctica de este deporte como metáfora de la vivencia de la vocación y la fe. Así lo hizo en la Jornada Mundial de Río de Janeiro, también en un contexto de claro amor por el fútbol como lo constituye este estado brasileño. Allí invitó a los jóvenes a jugar en el equipo de Jesús, a jugar hacia adelante, a patear hacia adelante, a “sudar la camiseta”, a no descuidar el entrenamiento necesario, a no meterse en la cola de la historia, sino jugar hacia adelante por ideales comunitarios: un mundo mejor, un mundo de hermanos, un mundo de justicia, de amor, de paz, de fraternidad, de solidaridad¹⁵.

Ante la crisis del compromiso comunitario, los jóvenes sienten la tentación de pensarse solos o huérfanos. A su vez, sienten la tentación de desentenderse de la realidad del sufrimiento de los otros y de su futuro. De este modo, el llamado individualismo posmoderno arrebató las mejores inspiraciones y sueños de nuestros jóvenes.

Con todo, en la juventud existe un sinnúmero de pasiones, de metas, de sueños grandes, la mayoría solo posibles contando con la ayuda de otros. Justamente la experiencia de fracaso de muchos jóvenes que solos no han podido alcanzar las metas trazadas puede ser la ocasión para que recuperen la ilusión, pero orientándolos hacia otra forma de hacer las cosas: el trabajo en equipo. Es cierto que no solo se debe hablar de esto a los jóvenes, más bien se les debe enseñar el arte y la técnica del trabajo en equipo.

Sin embargo, nos atrevemos a decir que la Iglesia sabe y no sabe de esto. Al menos una simple mirada sobre nuestras realidades eclesiales basta para notar que

¹⁵ Cf. Francisco, *Discurso en la Vigilia de oración con los jóvenes con ocasión de la XXVIII Jornada Mundial de la Juventud en Río de Janeiro* (27 de julio de 2013).

existe mucho clericalismo (lo más contrario al trabajo en equipo) y mucho adultocentrismo (lo más contrario a la creación de espacios juveniles), ambas tendencias generalmente afianzadas por el miedo a perder espacios de poder y, muchas veces, por el desequilibrio vigente entre sacramentalización y evangelización.

Aquí puede ser importante recordar uno de los principios importantes del pensamiento social del papa Francisco: el tiempo es superior al espacio. El tiempo permite que se desarrollen los procesos; el espacio, en cambio, los cristaliza:

Darle prioridad al espacio lleva a enloquecerse para tener todo resuelto en el presente, para intentar tomar posesión de todos los espacios de poder y autoafirmación. Es cristalizar los procesos y pretender detenerlos. Darle prioridad al tiempo es ocuparse de *iniciar procesos más que de poseer espacios*. El tiempo rige los espacios, los ilumina y los transforma en eslabones de una cadena en constante crecimiento, sin caminos de retorno (EG 223).

Los jóvenes necesitan que se les permita crecer y avanzar en el tiempo, desarrollando su capacidad de trabajo en equipo y sus fortalezas a la hora de crear comunión. El clericalismo, el adultocentrismo y la sacramentalización son formas de ser y hacer cortoplacistas. Son malos hábitos eclesiales que se desentienden de los cambios a largo plazo que necesita la Iglesia de hoy para reformarse y renovarse. Los jóvenes están convencidos del papel de los ministros ordenados en la Iglesia, de los laicos adultos y del lugar insustituible que ocupan los sacramentos en la vida cristiana; pero también descubren en ellos la necesidad de ser escuchados, respetados en sus opiniones, acompañados en su libertad, evangelizados para vivir una auténtica experiencia sacramental. Si se les traza el camino de la comunión fraterna, de la mística del estar y caminar juntos, entonces no dudarán en apostar por ser santos en equipo.

Profundos y auténticos

Puede que a los jóvenes les sea sugerente y atractivo que les ayudemos a convivir con lo que llevan bajo la piel, esto es, el mundo de sus emociones, necesidades y deseos más hondos. La juventud es la etapa de la vida en la que se oscila mucho entre lo superficial –lo exterior, lo veleidoso– y lo profundo –lo interior, lo íntimo–. Los adultos, con el paso de la vida, aprendemos que los problemas o inquietudes importantes se resuelven dentro de nosotros o no se resuelven bien. Es decir, llegamos a comprender, por múltiples experiencias y por vía de reflexión, que hay una instancia insoslayable para cada uno si la meta es crecer y humanizarnos: el yo interior. Lo que queda fuera de la piel, por decirlo de alguna manera, nos resulta difícil de asimilar o interiorizar o, al menos, si no aprendemos algún hábito que nos permita contar con nuestro yo profundo, entonces no logramos ser nosotros mismos y no evitamos vivir según las demandas externas (jóvenes, adultos, sociedad, religión).

Invitar a los jóvenes a ser personas profundas y a evitar la superficialidad equivale a proponerles un camino o itinerario en el que se pierdan los miedos a no encajar, a no conformar a otros y, a su vez, consiste en implicarse con ellos en una aventura que conduce a la paz y la satisfacción del corazón ganado para sí.

Por supuesto que no se trata aquí de menospreciar el exterior, es decir, el mundo que nos rodea fuera de la piel, sino situarlo en una relación armoniosa con el mundo interior. El afuera nos habla de mil formas, nos interpela con innumerables mensajes, nos estimula de muchísimas maneras, pero, cuando no somos capaces de procesar y descifrar la información, el mundo exterior es simplemente un objeto más de percepción, sin más razón de ser que su disfrute inconsciente.

Retornar a lo profundo del ser es ser más conscientes de la existencia, del correr de la vida, del yo que la transita. Generalmente durante la juventud emergen disyuntivas en tono muy agudo: superficialidad o profundidad, autenticidad o falsedad, verdad o mentira. Este tipo de planteamientos también requieren del acompañamiento de quienes hemos pasado por estas elecciones, o incluso hemos vivido fuertes tensiones por haber oscilado entre unas y otras. El acompañamiento consiste en posibilitar la escucha de lo profundo, de lo íntimo, para que entonces se pueda leer con claridad lo que acontece fuera de la piel, aquello que se aprecia del exterior.

Es más, esta imagen de jóvenes profundos y auténticos no es una propuesta que evoque la evasión del mundo y de sus necesidades. Por el contrario, puede ser la mejor expresión de un interés renovado por armonizar las necesidades personales del joven con los imperativos de un mundo que sufre injusticias y males de diverso signo. Los santos son el mejor ejemplo de lo que decimos.

El santo, más que una persona ‘intachable’, es aquel que sabe vivir de la fuente de su interior, porque ha conectado con su yo profundo y ha dejado que la gracia actúe en él, saneándolo y desplegando sus potencialidades al servicio del mundo en la Iglesia. Detrás de esta imagen de los santos profundos y auténticos anida la convicción paulina de la transformación que obra Cristo en los creyentes. Como podemos ver en algunos textos, el apóstol señala que el creyente, por medio de la fe, pasa a ser un hombre nuevo –hombre interior y nuevo– y deja de ser hombre viejo, es decir, el hombre exterior que se va desmoronando mientras el hombre nuevo se renueva día a día (cf. 2Cor 4,16; Col 3,3-10). Este desmoronarse del hombre viejo es la condición de posibilidad del hombre nuevo o, según nuestro tema, del joven nuevo.

La interioridad agustiniana, inspirada entre otras fuentes en san Pablo, puede ser leída en los términos que venimos proponiendo. Las palabras ya clásicas de san Agustín, que enseguida citaremos, pueden ser una invitación a los jóvenes de

hoy a ser profundos, a contar con todo lo que acontece bajo la piel, a vivir bebiendo de su fuente interior para llegar a Dios, nuestro único garante de vivir auténticamente:

No quieras derramarte fuera; entra dentro de ti mismo, porque en el hombre interior reside la verdad; y si hallares que tu naturaleza es mudable, trasciéndete a ti mismo (v. rel. 39,72).

Aquí me gustaría citar un texto de Thomas Merton, el gran monje contemplativo del siglo XX, que vivió en su propia piel la experiencia de un doble yo, uno falso (el exterior) y otro verdadero (el interior), y la transición verdadera y liberadora del uno al otro. Los dos se contraponen:

El 'yo' exterior, el 'yo' de proyectos, de finalidades temporales, el 'yo' que manipula los objetos para adueñarse de ellos, es extraño al 'yo' recóndito, interior, que no tiene proyectos y no trata de realizar nada, ni siquiera la contemplación. Él trata únicamente de ser y de moverse (por cuanto es dinámico) según las leyes secretas del Ser mismo y según los impulsos de una Libertad superior (es decir, de Dios), en vez de proyectar y realizar según los propios deseos¹⁶.

Evidentemente, no se trata de desarrollar ante los jóvenes una mística completa de la interioridad al estilo de san Agustín o de Thomas Merton, pero sí de reconocer que hay que colocar a los jóvenes en el camino irrenunciable de encontrarse consigo mismos y con Dios en la hondura del propio ser. Otros caminos fácilmente derivan en evasiones o en la sencilla ilusión de la apariencia.

En definitiva, la interioridad-profundidad es posibilidad de trascendencia. Quien llega a lo hondo de su ser es capaz de encontrarse consigo mismo (yo interior) y trascenderse a sí mismo para encontrarse con Dios (el 'Tú' por antonomasia) y salir de sí al encuentro de los otros (el 'nosotros' de la existencia humana). La interioridad, en este sentido, no puede interpretarse como fuga de los compromisos con quienes nos rodean, sino más bien ella es plataforma para ir con lo mejor de nosotros mismos al encuentro de las necesidades sociales. Los santos aprendieron a vivir desde su fuente interior y de ella supieron beber; pero, no para autosatisfacerse a sí mismos en una suerte de autocomplacencia espiritual, sino para que otros se sacien de la misericordia de Dios.

Conectados e inmersos

Es incuestionable el papel que juegan hoy, a escala planetaria, las nuevas tecnologías y los medios de comunicación. La era digital o era de la información es el tiempo de nuestros jóvenes; más aún, es como el hábitat en el que se han gestado las nuevas generaciones y en el que transcurren cada uno de sus días. Esto no puede menos que ser considerado en esta reflexión, porque el joven es constantemente sujeto y objeto de información.

¹⁶ T. Merton, *L'esperienza interiore. Note sulla contemplazione*, Cinisello Balsamo 2005, 74-75 (citado por A. Cencini, *La verdad de la vida. Formación continua de la mente creyente*, San Pablo, Madrid 2008, 89).

La llamada revolución digital pone constantemente en entredicho muchos de nuestros planteamientos pedagógicos y pastorales en la Iglesia. Ella misma se ha visto en la necesidad de *aggiornarse* en temas como el desarrollo de la comunicación y el despliegue masivo de la información. Respecto de su relación con el Internet, un documento del Pontificio Consejo para las Comunicaciones Sociales lo decía en el año 2002:

La Iglesia necesita ahora comprender Internet. Esto es preciso para comunicarse eficazmente con la gente, de manera especial con los jóvenes, que están sumergidos en la experiencia de esta nueva tecnología, y también para usarla bien¹⁷.

Además, en este documento se reconocía cuán beneficioso podía ser el papel orientador de la Iglesia:

Los jóvenes necesitan aprender cómo funcionar bien en el mundo del ciberespacio, cómo hacer juicios maduros, según sólidos criterios morales, sobre lo que encuentran en él, y cómo usar la nueva tecnología para su desarrollo integral y en beneficio de los demás¹⁸.

El documento preparatorio para el próximo sínodo se expresa de forma similar y reconoce que el mundo digital es un ‘lugar de vida’ importante para la acción pastoral con jóvenes:

Merece una mención particular el mundo de los *new media*, que sobre todo para las jóvenes generaciones se ha convertido realmente en un lugar de vida; ofrece muchas oportunidades inéditas, especialmente en lo que se refiere al acceso a la información y a la construcción de relaciones a distancia, pero también presenta riesgos (por ejemplo, el ciberacoso, los juegos de azar, la pornografía, las insidias de los *chat room*, la manipulación ideológica, etc.). Pese a las muchas diferencias entre las distintas regiones, la comunidad cristiana continúa construyendo su presencia en este nuevo areópago, donde los jóvenes tienen sin duda algo que enseñarle¹⁹.

Todo esto es cierto. La mayoría de los jóvenes, al menos de los países con acceso masivo a Internet, viven conectados e inmersos en la red. El ciberespacio muchas veces es el medio privilegiado de contacto con el mundo, y no ya el contacto físico o espacial con el entorno local. Esta inmersión del joven en el mundo digital (no por ello menos verdadero, o menos ‘mundo’) está siendo característico de su personalidad, que tiende a ser permeable a la globalización de comportamientos y modas. La digitalización de la vida es irreversible para ellos y esto se nota en los nuevos enfoques pedagógicos. Las ciencias de la educación tratan de responder a los desafíos de las nuevas juventudes. La Iglesia, en particular, tiene que tomar nota de esto a la hora de acompañarlas.

En relación con esto, nos parece que dicha inmersión de los jóvenes en el ciberespacio puede aprovecharse para lograr en ellos un compromiso mayor con Jesús y su mensaje. Pensemos por un momento en un joven que trabaje diariamente llevando adelante algún tipo de método de evangelización en la red. Estaríamos delante de un joven inmerso en el mundo digital, siendo discípulo de

¹⁷ *La Iglesia e Internet*, 5.

¹⁸ *La Iglesia e Internet*, 7.

¹⁹ Sínodo de los Obispos, *Documento preparatorio*, III,3.

Jesús, echando las redes en el nuevo mar del mundo global virtual. Esto no es menos inmersión en el mundo que la inserción en barrios pobres o la vida en misiones *ad gentes*, cuyo valor ha sido incuestionable en la Iglesia.

Hoy es irreversible para la Iglesia trabajar por el Reino en el secularizado mundo digital y, en ello, puede acompañar a los jóvenes y contar con ellos como maestros de inmersión en él. Esto quizá complementa lo que el documento citado decía más arriba. Además, creemos que no solo ha de ser la Iglesia quien enseñe a los jóvenes, junto a padres y educadores. También ellos deben ser los protagonistas de su propia formación, a la vez que pueden ser quienes abran nuevos escenarios para la evangelización del ciberespacio. Porque nadie mejor que ellos para moverse en él. Justamente son ellos quienes mejor pueden intuir dónde y cómo la Buena Noticia de Jesús puede llegar a los recónditos lugares de la red o al corazón de jóvenes que pasan horas y horas delante de un ordenador.

Nadie mejor que los jóvenes para decodificar mensajes y pautas culturales y ordenarlas al servicio de la nueva evangelización. Los adultos creyentes humildemente sabrán reconocer que necesitan de la presencia y la audacia de los jóvenes en un medio como tal. Su tarea será más bien acompañar el desarrollo de las intuiciones, la puesta en marcha de las acciones y la evaluación de los resultados, no dejando que pierdan el horizonte del Reino como motivo y finalidad de lo que hacen conectados.

Sobrios (y a veces pobres)

La pastoral juvenil y vocacional es, por principio, incluyente; es decir, para *todo* joven y para *todos* los jóvenes, sin distinción de raza o condición social. La Iglesia está dispuesta a caminar con jóvenes ricos y pobres. De hecho los acompaña a todos en sus búsquedas, los ayuda en la tarea de educar sus deseos y en la proyección de sus sueños, les anuncia el Evangelio de Cristo y les propone ser sus discípulos-misioneros²⁰.

En la Orden de Agustinos Recoletos se trabaja con ellos en las más diversas situaciones socio-económicas: así, en tierras de misión como Sierra Leona, Marajó, Lábrea, Casanere, Chota, etc., como en las grandes megalópolis de San Pablo, México, Caracas, Buenos Aires, por mencionar solo algunas. La Iglesia y la Orden apuestan por todos los jóvenes, pero hacen un intento por no descuidar a los más frágiles, a los que pueden ser objeto de la cultura del ‘descarte’ (EG 53) y de la ‘globalización de la indiferencia’ (EG 54). Situaciones como la que viven los jóvenes de Venezuela, por mencionar solo un ejemplo de suma actualidad, obligados al exilio por no encontrar oportunidades de progreso tanto para sí como

²⁰ Cf. V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe, *Documento de Aparecida*, 443.

para sus familias, en medio de una situación social crítica en todos los ámbitos, deben estimular a los agentes de pastoral a no descuidarlos y acompañarlos.

Baste mencionar los problemas más acuciantes de este país a la fecha para notar a qué se enfrentan los jóvenes venezolanos: escasez alimentaria con altos niveles de desnutrición, pésimo estado de la salud pública, alto nivel de inflación con detrimento de la capacidad adquisitiva de las familias, grave crisis de seguridad, deterioro de las instituciones democráticas, etc. Ante esta coyuntura, los jóvenes no pueden menos de sufrir la situación y, la mayoría de las veces, se ven obligados a sumergirse en la pobreza o a exiliarse de su patria. La situación es de todos conocida, no cabe que nos explayemos en este punto. Es solo un ejemplo de aquellos lugares en donde nuestra familia religiosa, al igual que la Iglesia, no pueden desentenderse del acompañamiento de tantos jóvenes empobrecidos. Ellos también son llamados a la santidad.

El papa Francisco nos llama a todos a la *sobriedad*, procura que recuperemos esta actitud desarrollada por la tradición espiritual:

La espiritualidad cristiana propone un crecimiento con sobriedad y una capacidad de gozar con poco. Es un retorno a la simplicidad que nos permite detenernos a valorar lo pequeño, agradecer las posibilidades que ofrece la vida sin apegarnos a lo que tenemos ni entristecernos por lo que no poseemos. Esto supone evitar la dinámica del dominio y de la mera acumulación de placeres (LS 222).

Francisco no puede ser más claro si observamos lo que dice en el número siguiente, cuyo contenido deberíamos leer y compartir con los jóvenes:

La sobriedad que se vive con libertad y conciencia es liberadora. No es menos vida, no es una baja intensidad, sino todo lo contrario. En realidad, quienes disfrutan más y viven mejor cada momento son los que dejan de picotear aquí y allá, buscando siempre lo que no tienen, y experimentan lo que es valorar cada persona y cada cosa, aprenden a tomar contacto y saben gozar con lo más simple. Así son capaces de disminuir las necesidades insatisfechas y reducen el cansancio y la obsesión. Se puede necesitar poco y vivir mucho, sobre todo cuando se es capaz de desarrollar otros placeres y se encuentra satisfacción en los encuentros fraternos, en el servicio, en el despliegue de los carismas, en la música y el arte, en el contacto con la naturaleza, en la oración. La felicidad requiere saber limitar algunas necesidades que nos atontan, quedando así disponibles para las múltiples posibilidades que ofrece la vida (LS 223).

La Iglesia debe procurar que todos los jóvenes sean sobrios en su forma de vivir. Ella puede ayudarlos a descubrir en la sobriedad una forma de ser y de vivir que crea justicia y equidad en un mundo fuertemente dividido entre los concentrados capitales y las grandes masas de pobres. Los jóvenes prósperos no pueden cerrar los ojos ante tantos pares que se empobrecen o se sienten solos o descartables. A su vez, el joven pobre es llamado a ser sujeto de su propia recuperación social o, de otra manera, es responsable de su autosuperación para ayudar también a otros.

Por otra parte, no podemos olvidar que los jóvenes interpelan a la Iglesia y le reclaman también sobriedad, es decir, menos lujo y más reforma, sobre todo de

costumbres ajenas al espíritu evangélico. Respecto al cuidado de la creación y la pobreza, lo reconocía el papa Bergoglio:

Los jóvenes nos reclaman un cambio. Ellos se preguntan cómo es posible que se pretenda construir un futuro mejor sin pensar en la crisis del ambiente y en los sufrimientos de los excluidos (LS 13).

La Iglesia latinoamericana en Puebla tuvo la lucidez de afirmar, no solo la *opción preferencial por los pobres*, sino también la *opción preferencial por los jóvenes*²¹. El anuncio del Evangelio y todo intento de promoción de los jóvenes los tiene a sí mismos, no solo como destinatarios, sino como sujetos activos de transformación histórica. Este año de la santidad se les puede invitar a la sobriedad, sobre todo a aquellos que se sienten bendecidos por la vida y por Dios llevando una vida relativamente acomodada, en la que no pasan grandes necesidades y tienen suficientes recursos para solidarizarse con los demás. En cambio, para los jóvenes pobres, este año puede significar descubrir que la Iglesia madre, en su jóvenes también, los acompaña y no los abandona, les enseña a luchar por su propia rehabilitación social y su incidencia en un futuro lleno de esperanza.

Santos y felices

Para algunos puede ser una obviedad esta última imagen, la de jóvenes santos y felices. Sin embargo, no siempre en la Iglesia hemos sabido presentar la estrecha relación entre santidad y felicidad, entre plenitud de la vida cristiana y alegría profunda de saberse realizados como hijos de Dios y hermanos en Jesucristo. Es más, todavía escuchamos que se asocia la santidad solamente al sufrimiento, a la resignación o al abandono de los placeres de la vida. ¿Cuántos jóvenes creyentes quedan desencantados ante una propuesta así? O también, ¿a cuántos se ha convencido con esta imagen, que más bien apunta al santurrón que al santo, y luego se les ha hecho sentir que la vida está en manos de un Dios que no se interesa por la felicidad y la alegría del corazón humano?

Ahora bien, un joven santo y feliz nada tiene que ver con un ingenuo optimista ni con un adicto a los sentimientos fugaces de dicha. El trabajo con los jóvenes requiere de acompañamiento en el descubrimiento de lo que significa ser felices en Dios, ser felices en Jesús, gratuitamente, también en medio de los desafíos de la vida.

Jesús, en su sermón de la montaña, hace a sus oyentes una clara invitación a la felicidad: *felices* los pobres de espíritu, *felices* los mansos, *felices* los que trabajan por la paz, *felices* los que tienen hambre y sed de justicia..., porque todos obtendrán respuesta (cf. Mt 5,3-12). Para Jesús la felicidad se encuentra

²¹ Cf. III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, *Documento de Puebla*, 1186.

siguiéndolo a él, viviendo como él, asumiendo su forma de vida, especialmente su actitud ante Dios y ante los hombres.

Con todo, quizá alguno piense que la felicidad de Jesús equivale a masoquismo o está reñida con la alegría y el amor a la vida. Todo lo contrario. Jesús siente pasión por la vida y es capaz de alabar a Dios, porque su corazón sabe llenarse de gozo (cf. Mt 11,25). La felicidad de Jesús no depende de los sentimientos pasajeros, pero tampoco los desconoce o los niega.

A los jóvenes, con el testimonio de Jesús presente, hay que ayudarles a preguntarse: En Jesús, ¿felicidad y santidad se relacionan? ¿Hay una conexión entre el deseo de la felicidad y el empeño por la santidad? Quizá no vean dicha relación a simple vista, pero pueden descubrirla progresivamente. El pasaje citado, el sermón de la montaña, nos ofrece luz al respecto: Jesús dice que son dichas aquellas personas que asumen su estilo de vida, aunque paradójicamente para el mundo no lo sean. Y probablemente en el evangelio no haya texto que describa mejor lo que es la santidad: vivir según las bienaventuranzas, vivir como Jesús vivió. Porque eso es adelantar el reino de Dios en medio de la vida de quienes nos rodean. Eso es ayudar a Dios a reinar. Es también descubrir la alegría y la felicidad secreta de los que donan su vida por amor. Vienen al pelo unas breves palabras de Benedicto XVI a propósito de las bienaventuranzas y la opción que hicieron los santos por ellas:

Los santos, desde Pablo hasta la madre Teresa pasando por Francisco de Asís, han vivido esta opción y con ello han mostrado la imagen correcta del hombre y de su felicidad. En una palabra: la verdadera ‘moral’ del cristianismo es el amor. Y este, obviamente, se opone al egoísmo; es un salir de uno mismo, pero es precisamente de este modo como el hombre se encuentra consigo mismo (...). Es el verdadero ‘camino de la alta montaña’ de la vida; solo por la vía del amor, cuyas sendas se describen en el Sermón de la Montaña, se descubre la riqueza de la vida, la grandiosidad de la vocación del hombre²².

En otras palabras, santidad, moral, vocación, se articulan y traducen vivencialmente en la encarnación diaria de las bienaventuranzas.

Por otra parte, para ser felices hay que descubrir la diferencia entre felicidad *temporal* y felicidad *duradera* o, en términos agustinianos, felicidad *pasajera*, que como tal no es la plena felicidad, y felicidad *verdadera* y *eterna*. Los santos supieron distinguir entre una y otra: no despreciaron la primera, pero no dejaron de anhelar la segunda, que implica estar para siempre con Dios, gozando de su paz y amor.

Para san Agustín, la felicidad y la alegría de los que no creen en Dios y en la vida eterna es tan brillante pero tan frágil como un cristal que puede romperse (cf. *ciu.* 4,3). Por el contrario, la felicidad de los creyentes es don de Dios que dura en el tiempo si se permanece unido a él (cf. *ciu.* 5,1). Es más, la felicidad plena no es

²² Benedicto XVI, *Jesús de Nazaret. Desde el bautismo a la transfiguración*, Planeta, Bogotá 2007, 128-129.

de este mundo, sino del otro. La paga de los santos es la verdadera felicidad en la ciudad eterna (cf. *ciu.* 5,16). Dios mismo es la felicidad del santo y, en definitiva, de todo joven.

Por eso, Jesús invita a todos, a los jóvenes también, a ser felices a través de su seguimiento en esta tierra: amando, perdonando, trabajando por la paz y la justicia, solidarizándose con los que más sufren, etc. Agustín, por su parte, recuerda que, si elegimos el camino de Jesús, nos espera una felicidad sin término, porque el camino de santidad, camino de permanente crecimiento en el amor, conduce a la dicha plena.

A MODO DE CONCLUSIÓN

Indudablemente el tema que nos ocupa puede llevarnos a nuevas reflexiones. ¡Qué mejor que eso! Los jóvenes deben ser una preocupación de todos en la Iglesia de nuestros días y, entre otras cosas, debemos ayudarles a que ellos mismos se ocupen de su propia casa y madre, la Iglesia. Contamos con ellos. Pero ellos necesitan saber, y reconocer de diversas formas, que cuentan con los adultos en la Iglesia, que se les acompañará y que se les dará un protagonismo mayor en la nueva evangelización.

Como hemos podido ver, las juventudes necesitan propuestas que se decodifiquen en sus propios términos y en las nociones culturales que comparten entre sí. Pensemos por un momento en esta necesidad teniendo presente la apuesta decidida de la Orden por el itinerario de las Juventudes Agustinas Recoletas. Pensemos también en la conocida insistencia de los capítulos provinciales y generales a propósito de la pastoral vocacional. Pensemos en los jóvenes que ya iniciaron un proceso formativo en nuestras casas de formación. Ellos también están urgidos a que se les hable y comuniquen experiencias y contenidos en un lenguaje asequible y transparente.

Probablemente este *Año de la santidad* nos ayude a pensar en todo esto y mucho más. *Llamados a ser santos*, lema del año convocado por el prior general, es una interpelación para todos. Quizá convenga interpretar esta exhortación a la luz de lo que vive toda la Iglesia que hoy transita caminos de reforma. Recordemos el *principio de misionariedad* al que nos remite frecuentemente el papa Francisco: las estructuras están al servicio de la misión, no la misión al servicio de las estructuras. La santidad también es sinónimo de conversión y reforma. Dos términos entrañables para san Agustín a la hora de hablar del proceso de vida que todo ser humano –*imago Dei*– tiene por delante hasta su reforma completa (cf. *trin.* 14,16,32; 15,8,14).

Ante los jóvenes tenemos el deber de repensar y reformar nuestro lenguaje y nuestras estructuras de pastoral juvenil y vocacional, siempre en orden a la misión que Dios nos ha confiado según la impronta agustina recoleta.

BRUNO D'ANDREA
Parroquia Nuestra Señora de Lourdes
Maracaibo (Venezuela)



ORDEN DE AGUSTINOS RECOLETOS
INSTITUTO DE ESPIRITUALIDAD E HISTORIA